

nunca contestará nadie, porque los secretos designios de la santa Naturaleza son inescrutables.

El día en que entré, por primera vez, a la casita donde nació y vivió su infancia Ernesto Renán, situada en la que antes se llamaba *Grand Rue*, y que hoy lleva su nombre, y al mirar el cuarto donde nació, el peor de aquel pobre hogar, y que hoy es la cocina, recordé en el acto aquella carta que de Tréguier le dirigió su madre cuando supo que el Instituto de Francia había laureado su primer ensayo: «Cuando tú viniste al mundo estábamos tan tristes (quiso decir pobres), que te posé sobre mis rodillas y lloré amargamente.» En aquellos tristes días de febrero de 1823, Magnalena Feger, madre de Renán, ante el temor de que sus acreedores hipotecarios y prendarios la arrojaran a la calle con sus hijos, había arrendado todas las piezas de su único techo y se había reducido a la cueva que nadie podía tomarle.

Desde que la Fortuna se apiadó de aquella familia, porque Henriqueta consiguió trabajo, Manón Feger abrió una mercería, con la cual pudo mandar a su hijo a la escuela. Instalada después en París, madame Renán arrendó su casa a una familia de panaderos, cuyos descendientes todavía hoy la ocupan, y pagan, más o menos, ochocientos francos anualmente, cuarenta pesos colombianos, más o menos. ¿Cuánto produciría la casita en 1823?

La casa ancestral de los Renán, que tuvieron por ascendiente a un santo bretón llamado San Renán, se ve aun hoy en Plourivo, no lejos de Tréguier, y se llama desde aquellos remotos tiempos el «Manoir de Keruzec en Traoudu». Son varios edificios de esta dura piedra de Bretaña, contruídos para resistir los largos inviernos, los huracanes y las tormentas de este rugiente mar de Armórica.

La casita natal de Ernesto Renán es también de piedra bretona, ajustada con hormigón, el cemento antiguo, y data de cuatro siglos en que ha venido transmitiéndose de padres a hijos. Es un edificio de dos pisos, fuera del suelo, y una especie de mirador alto con el cuarto donde estudiaba en su infancia el último hijo del lobo marino Filiberto Renán, quien, apenas nacido Ernesto, apareció en una playa desierta, arrojado por el mar, sin que hasta hoy se sepa la causa de su muerte.

Sin dejar de arrendar la casita, que heredó de su padre, Noemí Renán ha dedicado dos piezas para museo de objetos de familia. En la pieza del piso bajo, cuidadosamente colocados, vi una trenza de cabellos rubios cortada a Ernestico cuando lo pusie-

ron en la escuela. Ocho libritos, premios del Seminario. Tres medallas, premios Volney del Instituto de Francia. Un estuchito de marfil para escribir. El tosco bordón que usó siempre. La poltrona y la mesa escritorio de Rosmapamón, Molde, en yeso, de la mano derecha. Autógrafos de Renán, de su madre y de su hermana. Un pañolón o chal de Henriqueta (1839). Retrato al óleo de Cornelia Scheffer, esposa de Renan, a los veinticinco años. Retratos de familia. Copia del busto del maestro por Saint-Marceau, Fotografías del castillo de Clemensow, en Polonia, donde fue institutriz Henriqueta de 1840 a 50, y de la casa de Amschit y de la tumba de la misma Henriqueta. Diploma de maestra conferido a la misma el 3 de junio de 1835.

En la pieza alta, la más alta de la casa, donde estudiaba el niño seminarista, y que sólo se visita con la venia de Noemí Renán, se conservan: un curiosísimo pupitre, primer regalo que por su aprovechamiento y buena conducta en la escuela le hizo su madre, el cual tiene, bajo la tapita, escritas con lápiz, estas palabras: «Cadeau de ma bonne maman. Renán». El vademécum, la carterita de cuero y el cortapapel de la escuela. El uniforme de académico con el tricornio y la espada. Copia del busto del maestro, por Bersntomm. Un retrato de Cornelia Scheffer. Una jarrita de Manon Feger. Las insignias y joyas de la Legión de Honor. Un cuadernito de apuntes.

Desde esta pieza de la niñez de Renán se domina gran parte de los alrededores de Tréguier. Era de allí de donde miraba, del otro lado del río, el campanario de la capillita de Tredarzec, consagrada a la Virgen, y que habiéndose quemado en 1828, los campesinos continuaron venerando en el tizón negro que había quedado de la estatua.

El interior de la casita de Renán se compone de un jardincito y una huerta de legumbres. En el frente que da a la calle, sobre una placa de mármol negro, se lee esta inscripción, en letras de oro:

“Ernesto Renán

De la Academia Francesa, Administrador del Colegio de Francia, antiguo alumno del Colegio de Tréguier. Nació en esta casa el 28 de febrero de 1823”.

Al pie, un medallón con el busto de Renán, y dos medallones a los lados con los bustos de sus nietos, Ernesto y Miguel Psichari, muertos por la Francia.

Después de la casa donde nació, lo que más nos habla de Renán en Tréguier, es el claustro contiguo a

la catedral, maravilloso encaje de piedra construido en 1461. Su forma es cuadrilateral, con arcadas ojivales de cuatro columnas. De tres en tres arcadas se levantan elegantes contrafuertes unidos a la arcada principal. Una puerta de hierro, abierta en el muro que da a la plaza, y precedida de una gradería de piedra, da entrada al claustro.

Renán conservaba gratísimos recuerdos de ese antiguo claustro, que le recordaba su piadosa infancia y juventud. De él habla a menudo en sus obras, y siempre con honda emoción nostálgica: «La catedral tiene siempre su adorable ligereza. La hierba que crece sobre las viejas tumbas del claustro está siempre tan tupida, que habría podido creer que era la misma vaca la que pacía desde hace cuarenta años... Mi mayor pasión ha sido siempre el amor a la verdad. Deseo que se escriba sobre mi tumba. (Ah! Si ella pudiera quedar en la mitad del claustro! Pero el claustro es la iglesia, y la iglesia no me quiere), quiero, repito, que se escriba sobre mi tumba: *Veritatem dilexit*».

Entre las muchas leyendas que este pueblo, esencialmente supersticioso, ha forjado en torno de su hijo más ilustre, se cuentan la de la gaviota blanca, que vuela en torno de la catedral de Tréguier, tratando de penetrar al tabernáculo, y que, se dice, ser el alma de Renán, sacerdote malogrado, que a favor de las sombras quiere volver al santuario, donde se postró de niño, a decir su misa, y la más arraigada de que aún se pasea, estudiando, todas las noches, al rededor de su querido claustro, hoy completamente abandonado.

Muchas veces, en la soledad de estas noches de Tréguier, he subido las gradas de piedra, y, al través de la reja, mirado al claustro iluminado por la luna llena; ese claustro admirable donde la hierba verdea bajo un prodigioso silencio, y, he puesto allí el oído al menor ruido... Sólo la última vez, un gato negro que, con los ojos fosforescentes, atravesó, como de un salto, el patio, me hizo sentir el frío de la muerte...

CORNELIO HISPANO

Tréguier, 28 de setiembre de 1924.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.